

Edipo

Un modo de pensarlo en el mundo de hoy



SUSANA GARCÍA VÁZQUEZ¹

Si embargo todos hablarán de mí
y me temerán.
Mi fantasma no los abandonará jamás.
Yo Yocasta
la mujer
la madre
la amante
la esposa
por los siglos de los siglos.
Cuelgo de mis cintas
sobre las cunas de los niños
sobre los lechos de los amantes furtivos
sobre la mirada amorosa del padre a la hija
sobre cada niño que exprime el seno de su madre.

MARIANA PERCOVICH, *Yocasta. Una tragedia (fragmento)*, 2002

Hemos hablado insistentemente de las distinciones del Edipo como estructura y del Edipo en tanto complejo. Sin embargo, aun con lo clarificadora que pueda ser esa diferencia, creo que no da cuenta de su poder, ni tampoco de anclajes más primarios que aunque parecen perdidos para siempre lo son. A veces la clínica nos permite hacer hipótesis, teniendo como derrotero la transferencia para abrir nuevas ventanas que resignifiquen de alguna manera ese síntoma, esa identificación, ese rasgo de carácter cuyas

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. psgarcia@chasque.net

huellas parecen haber quedado sepultadas para siempre y sin embargo hacen ruido a través de actos, gestos del cuerpo o enfermedades somáticas.

Quiero remarcar que estamos hablando de hipótesis, un modo de aproximarnos al dolor psíquico a partir de formas de posicionamiento distintas, tanto del paciente como del analista.

Comencemos por algunos referentes teóricos. Tengo la necesidad de distinguir el incesto del Edipo. Y esta necesidad se genera en la clínica con algunos pacientes. Situaciones de desborde, de auto- y heteroagresividad que de pronto irrumpen en el escenario del análisis y se me configuran como marcas primarias que no podemos enlazar a la palabra.

Todo intento de distinción teórica tiene algún grado de forzamiento. Pero lo creo necesario, no solo para diferenciar el Edipo como estructura del Edipo como complejo, sino porque importa marcar una diferencia mayor que tiene que ver con distinguir el Edipo del incesto.

La clínica nos ubica frente a momentos analíticos en los que circula la asociación libre, está instalada una represión secundaria suficiente, y otros momentos en los que todo parece encallar, y el silencio, la repetición, la palabra vacía pueblan el escenario del análisis. ¿Qué sucede? ¿Qué le pasa al paciente? ¿Que le sucede al analista?

Esto se agudiza particularmente en pacientes que exceden la neurosis y que se expresan con ataques al análisis y al analista que son generadores de rechazo, de profunda incomodidad, que dificultan la posibilidad de trabajo aun del analista consigo mismo. Estos ataques, creo oportuno decir, se configuran tanto desde la perspectiva del erotismo como de la destructividad, erosionando la posibilidad de trabajo analítico.

Estas situaciones, generadoras de interrogantes, me condujeron a un recorrido teórico para diferenciar situaciones en las que la triangulación parecía reproducirse, pero las relaciones eran predominantemente duales e incluso confusionales. Momentos indiscriminados, fusionales, con violencia manifiesta o subyacente muy intensa, que cuestionaban mi lugar de analista.

Fidias Cesio distingue el complejo de Edipo secundario y el complejo primordial, plantea que en Edipo «se definen dos niveles: Edipo el hijo de Pólipo y Mérope que, temeroso de cometer incesto, se defiende alejándose de ellos (represión secundaria), y Edipo del incesto, asesino de Layo, su

padre, unido sexualmente a Yocasta, su madre (represión originaria)» (2010: 263). Plantea que en el primero se ponen en evidencia los deseos incestuosos reprimidos, y en el segundo Edipo atraviesa la barrera de la prohibición y entra en la tragedia: el incesto.

En un trabajo anterior (2005), yo citaba una referencia de Alain Fine que distingue los pacientes cuyas inscripciones en el orden de lo trágico quedan fijadas como tales y no pueden imaginar ser ellos mismos actores de su propia existencia, quedan presos de un destino, un pasado eternamente presente. Expresaba así la necesidad de trabajar con ellos el pasaje de la tragedia al drama, es decir, al conflicto.

Destino determinado por los dioses, que se me configuran como las marcas originarias del semejante que no fueron atravesadas por la castración. Poder y omnipotencia absolutos.

A este respecto es mucho lo que Lacan (1957-1958) nos ha aportado. No solo en la formulación de los tres registros, que se requieren enlazados, en donde la suelta de amarras de uno desanuda los otros dos, como muy bien lo ha trabajado Myrta Casas (1999), sino en las implicancias con ese cuarto círculo que agrega posteriormente y que tanto tiene que ver con Edipo y los nombres del padre, considerando un Edipo mucho más precoz que el planteado por Freud y que nos abre al concepto de estructura edípica.

Así podemos reconocer en su relectura de Freud todas las concepciones que hoy tenemos sobre el lugar del otro/Otro en la estructuración psíquica. Sin esa perspectiva quizás el psicoanálisis habría quedado atrapado en una visión biológica y extremadamente determinista.

Pero al mismo tiempo la clínica nos plantea problemas que nunca va a resolver teoría alguna. Toda teorización es siempre una asíntota en el abordaje del sufrimiento humano. Los enigmas no pueden ser develados por teoría alguna, tan solo nos acercaremos con hipótesis que nos resulten más próximas, que a nuestro entender den mejor cuenta de lo que queremos plantear o de la dificultad que abordamos.

Me parece útil distinguir la triangulación de la configuración del tercero o la terceridad. Madre-no madre, pecho-pene, padres originarios, de algún modo podemos afirmar que se requiere el concurso de dos (en las condiciones que sean) para configurar un otro. En este sentido podríamos decir que la triangulación está en el origen del *infans*. Implicaría, según

Green (2005), una triangulación primitiva en la relación dual madre-niño; o sea, el padre existe no como persona distinta originariamente, sino en la madre, aunque también podemos agregar que muy incipientemente el niño reconoce esas diferencias. Lo que me interesa destacar particularmente es que la existencia del padre puede ser deseada, amada, odiada, ignorada, desmentida por la madre, pero igual está presente de algún modo y genera efectos. Y esas marcas tendrán que ser resignificadas por el Edipo complejo y la castración, así podrán convertirse en cadenas significantes, armado de una novela vital para la estructuración psíquica y para lograr la apropiación subjetiva de esa historia significativa. Si esto no ocurre y quedan en tanto tales, originarias, con fuerte incapacidad de traducción —siempre parcial—, van a generar efectos no simbólicos y van a expresarse solo a través del acto y del padecer somático.

El Edipo, complejo nuclear de las neurosis para Freud, es también estructurante, pero no está fuera de los cambios y avatares de la cultura en que cada sujeto está inmerso. Laplanche (1996) plantea que el Edipo es una creación cultural y en tanto tal puede cambiar o desaparecer; esto no implica desconocer que en nuestras sociedades siga vigente y podamos referirnos a su falla o a su modo de establecerse.

Creo que hay algo muy fundante, que es esa primera relación con los objetos originarios que marcan la carne psíquica, y que es a partir de esas marcas que se podrán resignificar el amor y el odio, el deseo de otro, la constitución psíquica y la posible apropiación subjetiva. La necesaria especularización de los orígenes, una vez establecida libidinalmente y con carácter separador, será la que permita la discriminación yo-otro.

Claude Le Guen distingue el Edipo originario, el Edipo secundario —el complejo de Edipo en Freud— y el Edipo en el análisis. Destaca que el Edipo no es un mito, sino una producción del ser social que renace en virtud del análisis. Podríamos decir que el Edipo originario es precastrativo, tiene que ver con la relación con la madre, modelo que da cuenta del origen del sujeto y del doble objeto, madre y no-madre, lo que favorece la transposición al padre y la emergencia de un tercero, comienzo de la simbolización y del acto semántico. Es explícito al señalar que esto se muestra siempre anudado, no hay en el autor una visión desarrollista, cuando lo encontramos en el análisis está entramado. «Gracias a ese “segundo tiempo”

traumático del Edipo secundario, es posible reforzar aquello que el Edipo original fijó y sobre todo preconditionó» (Le Guen, 1984: 91). Las tres fases que señala, Edipo secundario, Edipo originario y Edipo en el tratamiento, están unificadas y totalizadas por la teoría psicoanalítica del Edipo.

Lacan, siguiendo a Freud en *Tótem*, distingue un padre primordial, anterior al tabú del incesto, a la ley, al orden social y a la cultura. Rechina este concepto de «anterior a», porque remite a la cronología, pero este autor también habla de un momento jubiloso en el espejo (1949) en el que surge la posibilidad de subjetivación, y también lo ubica cronológicamente. Que sepamos que hay algo para siempre perdido y que lo que somos hoy es producto de infinitas resignificaciones no impide que hagamos hipótesis sobre lo originario y que pensemos que en ciertos momentos del análisis parecen emerger marcas que no se expresan con palabras, sino en acto o dolor psíquico inenunciable, y que tratamos de encontrar con nuestro paciente, a través de la transferencia, formas o modos de apalabrarlas.

Me parecieron muy interesantes los planteos de Rosine Perelberg (2010), quien hace una distinción que aporta a mis reflexiones. Señala que la historia de Edipo es expresión del asesinato del padre, en cambio vincula el complejo de Edipo con la muerte del padre. Distingue así padre asesinado de padre muerto. Coincido en diferenciar teóricamente el padre de *Tótem*, «prehistórico», narcisista, omnipotente, padre que tiene que ser asesinado para librarse de su dominio absoluto, de la función paterna que Freud tan bien señala en *El yo y el ello* (1923) y también en *Moisés* (1938), en que se juega el padre simbólico, padre que es garante de la ley, que se permite morir para dar lugar a la generación del hijo.

La autora destaca cómo Rosolato trabajó este padre en el sentido de un padre idealizado, narcisista, prehistórico y mítico. Pero este autor dice más, señala que: «La idea del eterno retorno, viene de lo más lejano del Edipo, retorno al vientre materno para abolir toda separación» (Rosolato, 1981: 353).

Acá el fragmento del acápite de Mariana Percovich (2002) sobre Yocasta cobra su máxima expresión: «Mi fantasma no los abandonará jamás». Pero entiendo que es fundamental en la clínica registrar de qué modo retorna ese fantasma, si entramado en una red significativa, armado de una novela subjetiva, o en acto, en agonías impensables.

Me importa agregar que Rosolato (o. cit.) da cuenta de algo más que de un fantasma que retorna, quiere establecer una diferencia entre lo desconocido y lo no-reconocido, ubicando esto último en los significantes originariamente inscritos, originariamente reprimidos y por ello inaccesibles.

Por esto pienso que no hay nada más central en la constitución psíquica que la prohibición del incesto, prohibido por deseado y más deseado en tanto prohibido. Sin duda esta prohibición está absolutamente enlazada en la constitución psíquica con la castración, con la falta, con la incompletud, pero vale la pena señalar que no es lo mismo poner el acento en la ausencia, siempre presente en toda adquisición de lenguaje y en toda marca psíquica, en que siempre algo se pierde o cae, como decía Freud (1897) (un resto originario inhallable, *Manuscrito M*), que poner el acento en esta presencia que implica intromisión del otro, abuso de poder, dificultad de discriminación yo-no yo, fallas en la especularización que pueden pensarse como signos de una represión originaria fallante que obliga a identificaciones alienantes en las que la adhesión al objeto impide la subjetivación. «Colgados del otro», unidos a ese destino trágico «signado por los dioses».

«Nunca, nunca me voy a poder liberar de esta desesperación, si me odiaron desde que nació», dice el paciente. «Y usted no entiende nada. Solo dice pavadas. Esto no me sirve para nada.»

¿Tendrá razón? No lo sé. Sí sé que por lo menos tiene alguien que lo escucha y le dice pavadas, con quien se puede enojar, pero además pudimos atisbar algún día que lo que «no sirve» es cambiar. Que hay un camino conocido del dolor compañero al que queda unido por dos vertientes: por la dificultad de desidentificación, algo que puedo escuchar, como: «Soy este y me niego a toda transformación, a todo cambio, porque ¿cuál es el abismo que se me abriría?», y también por el goce que esa ligazón incestuosa, que lo fija en lo dual y lo indiscriminado, le genera.

Apalabrar no es suficiente, a veces empeora el dolor, pero las más de las veces abre un camino.

PERO ¿EDIPO VIVE AÚN?

Abraham respondió: ... me matarán por causa de mi mujer.
Y a la verdad que también es mi hermana, hija de mi padre, mas no
hija de mi madre, y la tomé por mujer.

Génesis 20, 11,12

Me parece muy interesante esta distinción bíblica de Abraham en el Génesis. Lo van a matar por tomar por mujer a su hermana (incesto), pero ¿será exigente que *no sea* hija de la madre y tan solo del padre?

Daniel Gil (2002) plantea la no universalidad del Edipo —fruto de la sociedad burguesa y patriarcal—, pero además trabaja sobre la defecación paterna en el mundo de hoy. El libro *¿Por qué me has abandonado?* (citado, 2002) marca un hito en la reflexión sobre Edipo y el lugar del padre. Y va más allá, en el sentido de que pone en cuestión la no universalidad del Edipo no solo en tanto complejo sino también como estructura. Señala, según lo entiendo, la necesidad de distinguir Edipo y prohibición del incesto, expresando que mientras en psicoanálisis complejo de Edipo y prohibición del incesto son isomórficos, no ha sido así para los antropólogos, para quienes lo central es la prohibición del incesto como estructurador de las sociedades. Se rectifica de planteos propios anteriores y hace suya ahora la afirmación de Vernant de que *Edipo rey es un Edipo sin complejo*.

Coincido plenamente con el autor y consecuentemente con Vernant en que Edipo rey es un Edipo sin complejo. Pero no porque, como dice Vernant, Edipo «no sabía» que Layo y Yocasta eran sus padres, sino por la realización actuada y no simbólica del parricidio y del incesto. Como ya he dicho, no es lo mismo el asesinato del padre que su muerte simbólica, no es lo mismo el incesto consumado con la madre que la fantasía incestuosa.

Es decir, coincidiría con Myrta Casas de Pereda cuando afirma: «Muerte del padre, padre muerto, que aúna el asesinato (*Tótem y tabú*) con el más allá del principio del placer, para hacer lugar a la repetición de lo pulsional. Eros y Tánatos componiendo los imaginarios imprescindibles que den cabida al odio y al amor, a la represión y a las identificaciones» (Casas de Pereda, 1994: 60). Estoy de acuerdo, pero con una salvedad: para esta intrincación se requiere una estructura neurótica en la que es posible sostener la

ambivalencia, el conflicto, la fantasía, la novela sintomal. Pero son muchas las situaciones en que este entramado se deshilacha, se escinde, y la auto- y heterodestructividad invaden al sujeto, impidiendo el armado de un texto y por tanto quedando anclado en el incesto, en el filicidio y en el asesinato del padre, más que en su muerte simbólica.

Y esto dificulta las identificaciones secundarias por rasgo, la distinción yo-no yo y la posibilidad de subjetivación, da cuenta de fallas en la identificación primaria y sus avatares (1995).

Importa remarcar lo planteado por Daniel Gil (2002) respecto a que la prohibición del incesto no se limita a las leyes de alianza y a la necesidad de los intercambios, como muestran los antropólogos, sino que implica la prohibición del pasaje de humores idénticos de uno a otro cuerpo. Esto es lo que a mi entender trata de justificar Abraham en el Génesis, busca establecer una diferencia, *no es* hija de la *misma* madre.

Pero lo importante, dice el autor, es cómo las sociedades marcan sus criterios sobre lo idéntico y lo diferente, lo mismo, lo igual, lo semejante. Y afirma algo que me parece central cuando expresa que no existe cultura si no existe la posibilidad de establecer de alguna forma estas distinciones. Y aún más: «en cualquier cultura, hay un hecho que pone en riesgo la distinción entre lo diferente y lo idéntico, circunstancias en que se borran las categorías [...] se produce *un punto impensable* que es como si el sujeto cayera en lo indiscriminado, lo no representable, quedando arrojado de la cultura, del mundo y *perdiera su condición humana* [...] en el campo de las relaciones sexuales y de parentesco esto adquiere mayor relevancia por el lugar que tiene en el psiquismo humano la diferencia de sexos y de generaciones» (Gil, 2002: 141).

Coincido en que un punto capital del proceso de subjetivación ancla en la diferencia de sexos y de generaciones. Diferencia de sexos que no implicará obligada elección objetal, y diferencia de generaciones cuyo principio central es no engolfar al sujeto en ciernes y tolerar que nos dé muerte, que se separe, que sea otro distinto.

Pero también importa diferenciar la producción de subjetividad de la constitución del psiquismo. «La producción de subjetividad alude a los modos históricos, sociales, políticos con los que se producen sujetos sociales» (Bleichmar, 2001). No hay duda de que estos han cambiado:

familias monoparentales, crianza de niños por parejas homosexuales, modos distintos de expresión de la sexualidad adulta, entre otros.

Pero lo que no cambió, según lo pienso, es la indefensión de la cría humana que requiere de cuidados prolongados del adulto, lo que no cambió es la asimetría radical entre niño y adulto, lo que no cambió es la diferencia entre ser deseado o ser odiado por las figuras originarias, lo que no cambió es la posibilidad de narcisización o no del cuerpo del *infans*, lo que no cambió es el ejercicio de la violencia necesaria y generadora de cultura, o innecesaria, generadora de sometimiento y alienación. Y esto es lo que configurará la estructura psíquica.

Ahora bien, comparto lo afirmado por Daniel Gil (2002: 141) que citaba arriba, en el sentido de que el borramiento de las categorías —lo diferente, lo idéntico— adquiere una gran relevancia, pero aunque lo parezca, creo pertinente que nos preguntemos si es un punto impensable, irrepresentable, que arroja al sujeto fuera de la cultura y lo lleva a perder su condición humana.

En esto abriría una hipótesis distinta. Es en este difícil intersticio que intento pensar.

En primer lugar, diría que solo los humanos podemos llevar a otro a ese nivel de desubjetivación, de alienación, de desobjetalización.

En segundo lugar: ¿será irrepresentable o será sin palabras? ¿Será irrepresentable o se habrán roto las cadenas de sentido o nunca las hubo? Podemos pensar que no existiría, tal como plantea Fanny Schkolnik (2007), una malla representacional que permita el pasaje a palabra, que permita la simbolización, el acceso al sentido. Pero eso no significa que no se configure como marca psíquica (signos de percepción) (Freud, Carta 52, 1976) o significantes enigmáticos (Laplanche, 1996).

También plantearía que la diferencia de sexos o generaciones puede estar negada, desmentida, arrasada, el engolfamiento del adulto sobre el *infans* puede ser total, generando su imposibilidad de ser, pero está igual presente. Hay una asimetría radical que, aunque negada, sofocada, desmentida, hace marca, y ese sometimiento va a tener algún tipo de registro psíquico: identificaciones alienantes, goce masoquista, transformación en lo contrario, u otras. Señalo esto porque me parece un aspecto muy importante para tener en cuenta en el trabajo analítico.

Roussillon (1995) cuando plantea el trauma perdido dice: «Son traumas psíquicos en la medida en que *tuvieron efectos* psíquicos sobre la estructuración del psiquismo, son prepsíquicos en la medida en que el psiquismo no pudo *organizar* una representación psíquica de su impacto. Dicho de otra manera, *no hay representación de la ausencia de representación*, no hay representación del trauma. Desde el punto de vista del psiquismo, el trauma está perdido: ¿está también perdida para el análisis toda esperanza?». Con esto quiero significar que el Edipo desde los orígenes, centrado en el incesto, está siempre de alguna manera representado en el psiquismo, aunque no podamos enlazarlo, aunque no podamos dar lugar a la palabra, al sentido.

Esto implica también no compartir desde un punto de vista metapsicológico la conceptualización de la llamada «clínica del vacío». Pienso que esas expresiones de vacío, ese sentimiento de futilidad que vemos tan frecuentemente en los pacientes, son del orden de la descripción fenomenológica.

Ya los llamemos normóticos, psicosis blanca, personalidades como si, en todos los casos, según lo entiendo, son modos de defensa más o menos exitosos, más o menos primarios que ocultan la violentación del otro en su constitución psíquica. Acordaría en llamarlos más patologías del exceso que de la carencia.

Porque considero que la intrusión del otro generó un arrasamiento de la alteridad, impidió la subjetivación por el efecto de una violencia secundaria que obliga al *infans* a identificarse con el agresor, a congelar sus afectos, a la retorsión afectiva. Distintos caminos que muestran la marca de un incesto de algún modo «consumado», de un padre terrible por indiferente, por ausente o por violento, que impide toda separación, por lo que no puede configurarse la alteridad.

Esto puede también ser parcial, es decir, quedar escindido y permitir un funcionamiento neurótico pero con aspectos arcaicos que se presentan en distintas situaciones.

¿«ANTIGUOS CRÍMENES»?² ¿POSIBLES REPARACIONES?

—¿Qué cualidades de su madre le gustaría adoptar?

—Yo soy Guillermo Alejandro. Soy yo mismo. No quisiera adoptar ninguna cualidad suya. Además, es imposible...

El príncipe Guillermo no lo dijo en la entrevista, pero yo lo vi con toda claridad que pesaba sobre él la oscura sombra de su madre, como pesa sobre mí la de mi padre. El príncipe se equivocaba al pensar que se había liberado de esa sombra. Es imposible escapar de la influencia de personas así...

KADER ABDOLAH, 2010

Pretendo mostrar aspectos en oposición. La entrevista que transcribe Kader Abdolah (2010) realizada a Guillermo Alejandro, hoy rey de Holanda, da cuenta de una diferencia sustantiva entre ambos protagonistas. Por una parte la aceptación del escritor de la marca de su padre en él, reconocimiento de su linaje y de la fuerte influencia que le dejó, y por otra parte el príncipe, que niega toda influencia de su madre. Eso es lo que justamente Guillermo Alejandro no puede ser, ser él mismo, porque no se puede ser uno mismo si no se reconoce el linaje, si no se admite la identificación, si no se tolera la dependencia de esos objetos originarios. Vamos siendo y somos el precipitado de una historia generacional irreplicable, y al mismo tiempo somos generadores de futuro. Esta fijeza de la expresión del príncipe, «soy yo mismo», podría dar cuenta de su dificultad en reconocerse y tolerar sus límites.

He planteado anteriormente que es consustancial a la estructura psíquica la necesidad de tolerar los enigmas.

Borges, con el humor y la fineza que lo caracterizan, en el encuentro que relata entre Shakespeare y Dios, hace decir a Shakespeare: «Yo, que tantos hombres he sido en vano, quiero ser uno y yo. La voz de Dios le contestó... Yo tampoco soy; yo soñé el mundo como tú soñaste tu obra

mi Shakespeare, y entre las formas de mi sueño estás tú, que como yo eres muchos y nadie» (Borges, 1960: 341).

Para tolerar esta situación entre «ser muchos y nadie», para tolerar las vacilaciones del yo, para hacer el duelo por lo perdido, para tolerar la falta y los enigmas de nuestros orígenes, para sostener la ambivalencia, tenemos que tener una estructura suficientemente establecida, marcada por la represión secundaria y atravesada por el Edipo y por la castración. Es esa estructuración psíquica que permite la oscilación metáforo-metonímica, la permeabilidad entre el proceso primario y el proceso secundario, y da cuenta también de la simbolización en psicoanálisis.

En este aspecto coincido con Fanny Schkolnik (2007) en que desde el momento en que las marcas de lo percibido son investidas por la pulsión habrá inscripciones, aunque no siempre estén disponibles para ser procesadas por un trabajo psíquico de simbolización que lleve a la emergencia de sentidos, y de una u otra forma darán lugar a diversas manifestaciones a nivel de la clínica.

Para la autora, lo que se denomina como irrepresentable tendría que ver con una falla en las posibilidades de simbolización porque el aparato psíquico no puede establecer las traducciones que permitan armar cadenas de representaciones, impidiendo entonces la resignificación a través de la palabra (1998).

Por su parte, Roussillon (1999) considera la simbolización a través de la palabra como simbolización secundaria. No solo porque pertenece al proceso secundario, sino porque distingue una posibilidad de simbolización primaria: «la primera inscripción de la cosa psíquica —la “materia primera” psíquica (Freud, 1900)— es decir el primer signo psíquico de la cosa, su trazo mnésico perceptivo», que podrá unirse con la representación cosa. Creo que importa señalar estas diferencias de tiempo entre la experiencia vivida, marcada psíquicamente, y la experiencia apropiada subjetivamente, porque cuando la intrusión del otro es excesiva la posibilidad de hacer propia la experiencia está muy limitada.

Por eso creo apresurado valorar los llamados «ataques de pánico», por ejemplo, como crisis histéricas actuales, como también creo inapropiado interpretar las anorexias-bulimias como aspectos conversivos. Sin duda hay ataques de pánico que son simples llamados de atención y anorexias

o bulimias que establecen un escenario solo al servicio de la atención del otro (neurosis histérica).

Pero hay situaciones que son muy graves, y aunque discrepo en la explicación metapsicológica freudiana, mantengo lo central de su concepción. La angustia automática, esa angustia, que como Freud ha mostrado, arrasa al yo inhabilitando al sujeto, que es lo hoy descrito como ataque de pánico, no puede limitarse a lo conversivo, al deseo de ser amado, atendido y completado por los objetos originarios. Tenemos que pensar que hay una simbolización fallante, que hay una represión secundaria no bien instalada y una falla en lo reprimido originariamente que ponen al yo en jaque y lo paralizan, por lo que queda inundado de angustias de muerte y agonías impensables. La vivencia de muerte es muy intensa y los casos graves no pueden restablecerse sin agregar al análisis una medicación psicofarmacológica, aspecto que siempre tenemos que considerar.

Respecto a las anorexias graves, no podemos dejar de tomar en cuenta que pueden llegar a la muerte y que suelen acompañarse de ataques diversos al cuerpo con fobia generalizada a los alimentos. Entiendo que estas situaciones no pueden pensarse sin las marcas mortíferas, antropofágicas del otro. El ataque hacia la madre-alimento es feroz, el ataque a ese cuerpo sexuado es tan intenso que surgen las amenorreas, se altera el metabolismo, se dificulta el aparato motor, en fin, se produce una alteración generalizada, y no podemos dejar de marcar que el «síntoma» es alimentario, es decir, materno por excelencia desde los orígenes.

No creo necesario sobreabundar en que estas expresiones pueden ser «usadas» por las neurosis: aspectos histéricos, obsesivos o fóbicos se apropian de estos escenarios y se expresan como lo que son, neurosis. Pero es necesario discriminar los montajes escénicos de los padecimientos graves. En estos últimos se juegan aspectos escindidos y desmentidos que llevan al paciente a situaciones de riesgo que necesitamos advertir, para trabajarlas no en el sentido en que trabajamos las experiencias subjetivadas, sino como aspectos arcaicos que hacen eclosión en el campo transferencial y ponen en riesgo al paciente, al analista y a la situación de análisis.

Como dice Rosolato: es necesario distinguir cuando la falta ha dado lugar a las sustituciones, es decir, el objeto perdido es aceptado y la falta es simbolizable. Cuando se requiere de la escisión y la desmentida sin poder

verbalizar las contradicciones ni las pérdidas o cuando lo desconocido está forcluido, allí los significantes de la madre se imponen masivamente para taponar toda brecha.

Para este autor hay siempre un desconocido materno primordial no simbolizable, los espacios y caminos que eso tome harán a diferencias estructurales. Las pulsiones brutas, nos dice, están efectivamente del lado de lo desconocido, mientras que la organización tópica, que implica relaciones sistemáticas con propiedades distintas y localizadas, separa lo absoluto de lo desconocido.³

Entonces no es lo mismo trabajar en análisis las fantasías parricidas y filicidas presentes en toda estructura psíquica, que configuran la ambivalencia, el duelo, la falta por el objeto perdido y constituyen los avatares del complejo de Edipo tanto en sus aspectos positivos como negativos, que trabajar los actos filicidas y parricidas que se expresan como ataques al cuerpo, al otro o al análisis.

Lo mismo podemos decir de los sueños. ¿Qué diferencia los sueños edípicos de los sueños crudos? ¿Es lo mismo un sueño con una mujer o un hombre «desconocido» en el que surgen indicios de seducción o de realización de deseos incestuosos que esos sueños crudos en los que el paciente relata una relación anal, oral o genital realizada con uno de sus progenitores?

Pienso que estamos ante situaciones muy distintas. En estos últimos hay un fracaso de la metáfora, falta ese velo de la desfiguración, propio de todo enigma que constituye lo inconsciente reprimido, y lo que se pone en escena es la crudeza del incesto. Aludo a los fenómenos residuales planteados por Freud en *Análisis terminable e interminable* y trabajados por Fanny Schkolnik (2000).

Es en ese sentido que hablo de la patología del exceso. Se ha configurado una estructura psíquica precaria, escindida, que alberga lo intromisionante del otro, alberga el incesto sin prohibición, un verdadero atropello a un psiquismo en ciernes que no puede transformar, metabolizar, resignificar

3 Ídem, p. 359.

ciertas marcas que se expresan en diversas modalidades del acto, con graves fallas metafóricas. Las formas de expresión son las de la repetición mortífera, sujetos que solo pueden reproducir los excesos a los que estuvieron atados, ya sea identificándose con el agresor o sometiéndose a otro en forma masoquista, y con frecuencia estos son «sus mejores recursos».

Me importa señalar que estas marcas incestuosas, de lo intromisivo del otro originario, en que no hubo corte, pueden estar escindidas, es decir, no necesariamente comprenden la totalidad de la estructura. Pueden coexistir con aspectos neuróticos, puede suceder que por efectos del análisis o por situaciones de crisis personales, pérdidas intolerables, envejecimiento, situaciones traumáticas que remiten a ese dolor sean reactivadas dejando al sujeto expuesto a actuaciones más o menos peligrosas.

Con esto estoy diciendo que me resulta insuficiente pensar la estructura psíquica desde la perspectiva de la *neurosis* —estructura tripartita, represión secundaria, armado del Edipo y tolerancia a la falta—, o de la *perversión* —en la que la desmentida y escisión del yo sostiene a una madre sin pérdida—, o, por último, de la *psicosis* —en la que la forclusión da cuenta de un agujero psíquico, falla simbólica en la que falta el significante de la falta—. La clínica nos ofrece muchas variantes de estas estructuras, que pueden coexistir de modo parcial y que pueden ser analizadas.

En ese sentido, me ha parecido un aporte valioso el concepto de «locuras privadas» de Green (2001), así como su concepción de situaciones fronterizas de la analizabilidad que hablan de un narcisismo no trófico, que ponen en evidencia angustias de intrusión-separación, que obligan a la unión-destrucción desesperada con el objeto y que se expresan como verdaderos cortocircuitos psíquicos por el acto o por el soma, pudiendo llegar hasta un desinversión radical.

Insisto en que esto coexiste con las neurosis. Según yo lo entiendo, Green abre una perspectiva en torno a las dificultades en la clínica, porque le importa la extensión del psicoanálisis, así como sus fracasos.

Relanzando los problemas que quiero aportar, insisto en que es importante diferenciar los deseos filicidas y parricidas que hacen a las fantasías, que incluyen, por supuesto, deseos de no separación, de absoluto, de no falta, pero situación a la que el sujeto se enfrenta y tolera como enigma y como angustia, de las actuaciones parricidas y filicidas que se expresan

por el incesto realizado o por un engolfamiento que deja al sujeto preso de sí, con dificultades de resignificar y de trabajar ciertas identificaciones, ciertos vínculos duales, especulares, que lo condenan a una repetición sin fin y empobrecen sus posibilidades simbólicas.

Me parece también central tolerar los enigmas de nuestros orígenes, que son fuente de búsqueda, de apertura a nuevas formas de simbolización. Somos sujetos marcados por la pulsión que busca formas de realización, pero tolerando el velo que esa misma búsqueda implica.

Jehová le dijo a Moisés: «No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y sobrevivirá (Éxodo 33.20). Después apartaré mi mano y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro» (Éxodo 33.23). Está prohibido descubrirle el rostro a Dios. Se paga con la vida. Es necesario aceptar los límites, las interrogaciones sobre los orígenes y sobre el otro, enigmas que convertimos en motor de trabajo, de infinitos desplazamientos, de transferencias de transferencia.

Cuando me pregunto si los «antiguos crímenes» pueden ser pasibles de reparación, digo que a veces es posible. Reparables aunque no sin asumir la pérdida de la omnipotencia y la castración, siempre generadoras de angustia, de conflicto, de síntomas y de sufrimiento. También reparables cuando podemos enlazar, a veces por primera vez, un rasgo, una repetición, una identificación que muestra lo que oculta, y esto solo es posible en transferencia y en el proceso de creación.

Y otras veces, esos restos ingobernables, como dice Marucco (1999), siguen repitiéndose en el escenario analítico, y la reacción terapéutica negativa, el masoquismo y el sadismo resultan indestronables, manteniendo al paciente y al analista en una repetición esterilizante y oprimente.

Pero como la pulsión pulsa, seguiremos buscando modos de entretejer estas repeticiones. Para esto, como espero muestre este trabajo, reconoceremos nuestro linaje, el aporte de los muchos que contribuyeron a estas reflexiones y las preguntas y cuestionamientos de los que tienen en sus manos el futuro, que también están muy presentes. ♦

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es poner a consideración el tema del Edipo como estructura y como complejo, así como sus anclajes más primarios, y preguntarnos si esta concepción sigue vigente en el mundo actual.

¿Los cambios en la configuración familiar nos obligan a cambiar esta teorización central en el edificio freudiano?

La autora piensa que es necesario distinguir los modos históricos, políticos y sociales de la producción de subjetividad de las formas de estructuración del psiquismo.

A su juicio, el Edipo sigue siendo válido en el armado psíquico, triángulo imprescindible: encuentro de dos que generarán un otro.

En este sentido considera que la prohibición fundamental es la del incesto; esto requiere poder diferenciar las relaciones triangulares, que ponen en evidencia vínculos duales, de la terceridad, que da cuenta de la exclusión del tercero y que pertenece al orden simbólico.

Distingue, así, asesinato del padre y filicidio en acto de las fantasías incestuosas en las que se configura la muerte del padre, lo que enfrenta al sujeto a la castración y a la diferencia, tanto de sexos como de generaciones.

Descriptor: EDIPO | INCESTO |

ABSTRACT

The aim of the paper is to discuss Oedipus, both as a structure and as a complex, as well as its primary moorings, and to consider if this concept is still valid in our present world.

Do changes in the configuration of the family force us to modify this central theorization of the Freudian construct?

The author understands that it is necessary to distinguish the historical, political and social modes which prevail in our environment from the production of subjectivity from the forms in which the psyche is structured.

In her opinion, the Oedipus is still valid in the construction of the psyche, indispensable triangle: an encounter of two, who will generate an other.

In this sense, she considers that the fundamental prohibition is that of the incest, which requires being able to discriminate triangular relationships that reveal dual bonds; from the thirdness, which accounts for the exclusion of the third and belongs to the symbolic order.

The author then distinguishes the murder of the father from filicide in act, from incestuous fantasies, where the death of the father finds form, and confronts the subject to castration and to the difference, both of the sexes and the generations.

Keywords: OEDIPUS / INCEST /

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABDOLAH, K. *El reflejo de las palabras*. Barcelona: Salamandra. 2010, pp. 194 y 195.
- BLEICHMAR, S. «Efectos de un pensamiento crítico en la práctica y la teoría». En *La Oreja*. Rosario, 2001.
- Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento (versión Casiodoro de Reina, 1569). Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960.
- BORGES, J. L. «Everything and nothing». En *El hacedor* (1960). Prosa Completa. Barcelona: Bruguera, 1980.
- CASAS DE PEREDA, M. «El Edipo “de” Freud en Freud. “Se ruega cerrar los ojos”. El papel de la muerte del padre en el descubrimiento freudiano». En Achugar y otros: *Antiguos crímenes. Edipo. Narciso. Caín*. Montevideo: Trilce, 1994.
- *En el camino de la simbolización*. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- CESIO, F. *Actual neurosis*. Buenos Aires: La Peste, 2010, p. 263.
- FREUD, S (1897). «Manuscrito M». Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1896) «Carta 52». Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1923) «El yo y el ello». Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1938) «Moisés y la religión monoteísta». Tomo XXIII, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- GARCÍA, S. «Trauma psíquico y método psicoanalítico». En *rup*, n.º 100. Montevideo, 2005.
- GIL, D. y otros. *¿Por qué me has abandonado?* Montevideo: Trilce, 2002.
- *El yo herido*. Montevideo: Trilce, 1995.
- GREEN, A. *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires: Amorrortu, 2005, p. 259.
- *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.
- LACAN, J. «Las formaciones del inconsciente». En *Seminario 5* (1957-1958). Buenos Aires: Paidós, 1999.
- *Escritos 1* (1949). México: Siglo XXI, 1997.
- *Escritos 2* (1955-1956). Buenos Aires: Siglo XXI, 1991.
- LAPLANCHE, J. *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1996.

- LE GUEN, C. *Práctica del método psicoanalítico*. Barcelona: Gedisa, 1984, p. 91.
- MARUCCO, N. *Cura analítica y transferencia*. Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- PERCOVICH, M. «Yocasta. Una tragedia». En «www.dramaturgiauruguay.gub.uy/obras/yocasta-una-tragedia», 2002. Autorización personal de la autora para su utilización en este trabajo.
- PERELBERG, R. J. «Padre asesinado, padre muerto: revistando el complejo de Edipo». En *Libro Anual de Psicoanálisis xxv*. Buenos Aires: Centro Gráfico Digital G&G, 2010, 157-172.
- ROSOLATO, G. *La relación de desconocido*. Barcelona Ediciones Petrel, 1981. ROUSSILLON, R. *Agonie, clivage y symbolisation*. París: PUF, 1999.
- *Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.
- SCHKOLNIK, F. «Un trabajo de simbolización. Un puente entre la práctica psicoanalítica y la metapsicología». En *rup*, n.º 104, 2007.
- «Representación, resignificación y simbolización». En *Revista de Psicoanálisis*, Número Especial Internacional 6, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1998, p. 301.
- «Los fenómenos residuales y la represión originaria». Presentado en *Symposium*, 2000, Buenos Aires. Publicado en *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, n.º 94. 2001, p. 48.